

tro una sola luz: en suma, muerta es el alma y sólo vive en ella Cristo (13): todo se ha consumado. El poeta expresa esta final serenidad cantando:

“Luego reviví y de tal modo recobré los ánimos, que pude seguir las huellas que a la corte del cielo me enderezaban. Y después traté paces con Cristo, porque muy vivo era el amor primero: enamorado de Cristo, hoy cabe en mí su amor y me consuela.”

En la misteriosa noche de la estigmatización, todo el monte Albornia, dicen las *Floreccillas*, parecía arder en esplendente llama que iluminaba alrededor montes y valles, como si el sol estuviese en el horizonte: y los pastores que velaban en la campiña, viendo inflamado el monte y tanta luz en derredor, sintieron miedo grande, según contaron a los frailes después, afirmando que por espacio de más de una hora había durado la llama sobre Albornia. Y asimismo los resplandores de esta luz, entrando por las ventanas de la posada, engañaron a unos muleteros que pasaban a Romanía, e imaginando que salía el sol, ensillaron y cargaron sus acémilas y emprendieron el camino hasta que cesó la luz y apareció el sol realmente (14). Bajó del monte Francisco, por último, trayendo consigo la efigie del Crucifijo, no figurada en tablas de piedra o leño por mano de hábil artífice, sino escrita y delineada en su carne por el dedo de Dios vivo (15). De tal manera se había comunicado a Francisco la condición de los serafines, puras substancias abrasadas en un fuego penetrativo y continuo, que más adelante, habiéndole cogido la noche en despoblado con un compañero y no pudiendo éste resistir el frío y la nevada, tocándole sólo Francisco con la palma de la mano le prestó tal calor, que se durmió regaladamente hasta el alba: y otra vez mudándole León la venda de la llaga del costado, Francisco, en un movimiento involuntario de dolor, apoyó los dedos en el pecho de la Ovejue-

la, y León sintió en el corazón tal transporte y dulzura, que a poco se cae en tierra desmayado. Según la frase de Celano, una fuente de iluminado amor llenaba las vísceras de Francisco y le rebosaba por todas partes. Mas no era Francisco todavía el serafín glorioso, sino el crucificado, el mártir de amor. “En este mundo—declara el cronista Salimbene—no hubo sino uno solo, el bienaventurado Francisco, en quien Cristo, a semejanza suya, imprimiese las cinco llagas:” y como atestiguaba su amado compañero fray León, que se halló presente cuando le lavaban para sepultarle, parecía sin duda alguna el Crucificado descendido de la cruz: así pueden aplicársele las palabras del Apocalipsis:—“He visto uno semejante al Hijo de Dios.”—Por eso exclama San Francisco de Sales refiriéndose a la pasión de Albornia:—“¡Oh Dios! ¡Qué de amorosos dolores y de dolorosos amores! Porque no sólo entonces, sino todo el resto de su vida anduvo siempre el pobre Santo arrastrándose y desfallecido, como enfermo grave de amor” (16).

En efecto, no eran las llagas aparentes y superficiales, sino abiertas, profundas, de parte a parte en manos y pies, traspasada cada una por un clavo de color obscuro y férreo. Las cabezas sobresalían; las puntas estaban por dentro como torcidas y remachadas, de suerte que entre el garfio se podía introducir un dedo. Dejaban libre el juego de nervios, músculos y tendones, pero al sentar el pie en el suelo causaban acerba tortura, por lo cual desde entonces hubo de usar Francisco báculo, y para los caminos, jumento. Santa Clara ideó unos ingeniosos zapatos de muesca, a fin de mitigar los dolores del Santo. Eran los clavos como de una carne nerviosa, duros, fuertes, sólidos y tan de una pieza, que empujándolos por la cabeza asomaba más la punta. De todas las heridas manaba fresca y copiosa sangre: León era el encargado de restañarla aplicando paños que mudaba con



frecuencia. Tres dedos de ancho media la del costado, que tenía abundantes hemorragias. Estos detalles tan dramáticamente realistas, que constan de los autores contemporáneos a Francisco (17), ayudan a comprender el estado de aniquilamiento corporal que sufrió hasta su muerte, y la exaltación cada vez mayor de su encendido espíritu.

Si bien trató Francisco de ocultar y encubrir sus estigmas, hubieron de notar los frailes que lavaban su ropa la mucha sangre que empapaba los femorales, y la dificultad que hallaba para sentar el pie en tierra; y viendo que no era posible guardar más el secreto a los que le rodeaban, convocó algunos de los más familiares y les consultó con palabras embizadas recordando el mandato divino: "Mi secreto es para mí; no divulgéis el secreto del Rey." Entre los frailes consultados se contaba uno santísimo, fray Iluminado, que con verdadera iluminación de Dios, respondió:—"Hermano Francisco, no para ti solo, pero también para los demás te muestra Dios sus sacramentos, y debes temer su enojo si ocultas lo que para utilidad ajena te enseñó."—A pesar de este dictamen no dejó Francisco de celar cuanto pudo las heridas, cubriendo con la manga las de las manos y con el calzado y túnica las de los pies, y sólo León, su cariñoso enfermero, las veía y tocaba algunas veces. Cuando pensamos en aquel período prodigioso de una vida ya de suyo tan extraordinaria como la de Francisco, le vemos siempre como le describe Michelet, exangüe, desfallecido, moribundo, recorriendo la tierra de Italia sobre su jumento, seguido de una multitud que se disputaba el derecho de tocar la fimbria de su hábito y de mirar de cerca el semblante transfigurado, interiormente alumbrado por luz extática.—"Habiendo descendido del monte San Francisco,—canta la amante musa de las *Floreillas*,—como la fama de su santidad se hubiese divulgado ya por el

país, y los pastores hubiesen referido que se veía todo inflamado el monte Albornia, y debía de ser señal de algún gran milagro que Dios hacía con San Francisco, al oír la gente del país que pasaba, corrían todos a verle, hombres y mujeres, chicos y grandes, los cuales con gran devoción y deseo se ingeniaban para tocarle y besarle las manos... Y acercándose a una villa de los confines de Arezzo, se le puso delante, llorando mucho, una mujer con su hijuelo de ocho años en brazos, hinchado del vientre... y él aplicó sus santas manos sobre el vientre del niño, y súbitamente se disipó toda hinchazón... El mismo día pasó San Francisco por el burgo del Santo Sepulcro, y antes que llegase al castillo, la turba del castillo y de la villa salió a encontrarle, y muchos se adelantaban con ramas de olivo, diciendo a grandes voces:—"Ahí viene el Santo, ahí viene el Santo" (18). Himno de esta marcha triunfal es la poética invocación de San Buenaventura:—"Ahora, pues, denodado caballero de Cristo, lleva las armas de tu caudillo invencible, que te darán fuerza para vencer a todos tus enemigos. Desplega el estandarte del gran Rey, cuya vista alcanza a infundir valor a cuantos militan en sus divinos ejércitos; muestra el sello del gran Pontífice, que a todo el mundo haga respetar por irreprochables y auténticas tus palabras y obras. Nadie te aflija ya, puesto que llevas en tu cuerpo los estigmas del Salvador Jesús; al contrario, profésente gran devoción tus servidores. Las gloriosas señales que certísimamente has recibido, según atestiguan no dos o tres personas, que bastara, sino a mayor abundamiento un gran número, dan sensiblemente en ti y por ti nueva prueba de las divinas verdades, quitan todo pretexto a la incredulidad de los infieles, confirman la fe de los cristianos, alientan su esperanza y en fuego de caridad les abrasan (19). Así se cumple tu primer visión cuando supiste que, como jefe de la



milicia de Cristo, serías revestido de celeste armadura y honrado con el signo de la Cruz. Al principiar tu conversión la vista de Cristo crucificado que se te apareció, te penetró de lástima, y una espada de dolor atravesó tu alma. En otra ocasión oíste voz que salía de la Cruz, trono y propiciatorio de Cristo. Fray Silvestre vió una cruz maravillosa que salía de tu boca; el bienaventurado Pacífico, dos espadas luminosas en forma de cruz, que atravesaban su cuerpo; y Monaldo, hombre angélico, te vió en el aire como una cruz mientras San Antonio predicaba; y he aquí que al fin de tu vida muestras la figura sublime de un serafín junta con la humilde imagen del Crucificado, que por dentro te abrasa y te marca por fuera. Eres el ángel del Apocalipsis que asciende del Oriente y lleva en la mano el signo del Dios vivo."

Con haber recibido Francisco en Albernia tanto celeste regalo, ¿qué mucho que profesase a su vez gran ternura a la que Alejandro IV llamaba "florecente montaña, lugar donde el amor que abrasaba su corazón se inflamó más y más a vista del serafín y rebosando recibió las maravillosas llagas que le hicieron parecer crucificado y dieron a su cuerpo, adornándolo como otras tantas piedras preciosas, dignidad proporcionada a la alteza de su espíritu?" "¿Cuántas veces—prosigue diciendo el Papa—, prosternado, regó aquella tierra feliz con sus lágrimas, aunque alguna le consolase la presencia de los espíritus celestiales!"—Fué, en efecto, Albernia, testigo mudo de los dolores de Francisco, pero también de los consuelos más suaves que gozó. Un día que, débil y rendido tras varias noches de insomnio, deseó no alimento para el cuerpo, sino algún delicado manjar para el alma, comenzó a rogar a Dios le permitiese entrever algo de las alegrías beatíficas: de pronto se le apareció resplandeciente ángel, con una viola en la siniestra mano y el arco en la diestra; y mien-

tras Francisco le contemplaba atónito, el músico del cielo pasó una vez el arco sobre las cuerdas: la suavidad de la melodía fué tal que, por decirlo así, el alma de Francisco se voló a mil leguas del cuerpo de puro deleite; y según dijo después a sus compañeros, si el ángel vuelve a pasar el arco, a buen seguro que le arrancase enteramente el espíritu la intolerable dulzura sentida. No es maravilla que el viajero pise sobrecogido de respeto y veneración las sendas del Horeb, del Sinaí franciscano (2), ni que al despedirse Francisco de la santa cumbre y de los que en su soledad le acompañaron, lo haga con tan tiernos encarecimientos:—"¡Quedaos en paz, hijos amadísimos, adiós! Mi cuerpo se separa de vosotros, pero os dejo mi corazón. Me voy con el hermano Ovejuela de Dios a Santa María de los Angeles, y ya no volveré. Me voy: ¡adiós, adiós, adiós a todos; adiós Monte Albernia; adiós, monte de los Angeles; adiós, amado hermano halcón; gracias por la caridad que mostraste conmigo; adiós, adiós, duras rocas, ya no volveré a visitaros; adiós, rocas que me recibisteis en vuestras entrañas para confusión de Satanás: ya no hemos de vernos!"—Y añade el sencillo cronista, testigo ocular de esta efusión de un alma amante (21):—"Mientras nuestro amado padre pronunciaba estas palabras, vertían nuestros ojos arroyos de llanto, y él se partió lloroso aún, llevándose nuestros corazones y quedándonos nosotros huérfanos. Yo, fray Maseo, escribí estos renglones con muchas lágrimas: Dios os bendiga."



## NOTAS

- (1) Thom. a Celano, *Vita*.
- (2) *Tanto è il bene che io aspetto,  
che ogni pena m'è diletto.*
- (3) *Non ragguardate tanto la caritatevole profferta di Orlando, che voi in cosa nessuna offendiate la nostra Donna e Madonna Santa Povertade. (Fioretti, consid. sulle Stimmate.)*
- (4) Cornejo, *Crónica de la Relig. de S. Francisco*; Chavin de Malán, *Histoire de St. François d'Assise*.
- (5) El texto de la bendición de San Francisco es como sigue: *Benedicat tibi Dominus, et custodiat te. Ostendat faciem suam tibi, et misereatur tui; convertat vultum suum ad te, et det tibi pacem.*
- (6) Alrededor de la piedra en que comía San Francisco edificóse, andando el tiempo, una capilla; y como sucediese que los devotos hacían añicos la piedra por llevarse algún trozo, fué colocada en el sagrario con esta inscripción: *Mensa B. Francisci, super quam habuit mirabiles apparitiones, sanctificamque ipsam, effudit oleum desuper, dicens: Hic est ara Dei.*
- (7) Tradicionalmente creía lo mismo el pueblo, según el testimonio de Baronio (*Annal*). *Tum quoque Albernia montem in Etruria, et Casetæ promontorium scissum traditione constar plurimorum.*
- (8) Santa Teresa de Jesús, *Moradas*.

(9) Cornejo fija la fecha de la impresión de los estigmas a 14 de Septiembre de 1224, dos horas después de la media noche. San Buenaventura no dice sino que fué hacia la Exaltación de la Cruz. Bernardino de Corvisiente que el 16 de Septiembre; Marcos de Liosboa, el 13. La Iglesia celebra la fiesta de las Llagas el 17.

- (10) S. Buenaventura, *In legen. Sti. Franc.*
- (11) *Vida*.
- (12) Véase el original italiano y la versión completa de la canción *In foco amor mi mise*, en el capítulo XVII.
- (13) Santa Teresa, *Moradas*.
- (14) *Consid. sulle Stimmate*.
- (15) S. Buenaventura.
- (16) San Francisco de Sales, *Traité de l'amour de Dieu*.
- (17) Uno de los testimonios más curiosos y auténticos que en este asunto hallamos es el de nuestro Lucas Tudense, contemporáneo de Francisco, que en su *Impugnación de los Albigenses*, para probar que los clavos de Cristo fueron cuatro, y la herida en el costado derecho, dice: *Alii nulla tuti auctoritate asserebant tribut tantum clavis Cruci fuisse Dominum affixum, et non dextrum latum ejus, sed sinistrum lancea vulneratum. Sed Omnipotens Deus, qui infirma mundi eligit ut fortia quæque confundat, per servum suum Franciscum, litterarum elementis fere rudem, sed cultum fide, ita illorum confundit argumenta fallacia, ut etiam inviti cedant manifestissimæ veritati. Si autem quis forsitat adhuc audeat dicere ista miraculose et non ad instar Passionis Christi in Beato Francisco fuisse gesta, audiat quo in ejus obitu legitur manifeste resultabat in eo revera forma Crucis et Passionis Agni immaculati, qui lavit crimina mundi, dum quasi recenter a Cruce videretur depositus, manus et pe-*



*des claves confixos habens, et dextrum latus quasi lancea vulneratum.* El Tudense había conferenciado largamente en Asís con fray Elías un año después de la muerte de San Francisco, y arrebatado de fervor, añade: *Decenter el pulchre a creatura laudatur quom Creator nostris temporibus tanta excellentia decoravit. Præ cæteris enim sanctis signis Passionis Dei et hominis antonomastice sublimatus.*

(18) *Consid. sulle Stimato.*

(19) No faltaron de estos incrédulos a que se refiere San Buenaventura, salidos casi todos de la jerarquía eclesiástica y de las Ordenes, caso muy frecuente en la Edad Media. El obispo de Olmutz, en Bohemia, prohibió a los Menores y fieles de su diócesis representar a San Francisco con los estigmas; por lo cual Gregorio IX expidió una bula, en que le decía: "Has tenido la imprudencia de confiar a un hombre de moderación escasa e inclinado a la blasfemia las cartas patentes que diriges a todos los fieles de Jesucristo, exponiendo así ante el mundo las señales de tu presunción. Entre algunas cosas buenas que se hallan en dichas cartas, hemos visto otras muy malas, como ésta: Que ni San Francisco, ni ningún Santo, debe aparecer en la Iglesia con los estigmas; que quien sostenga lo contrario peca y no merece crédito, siendo enemigo de la fe, porque habiendo sido el Hijo del Padre Eterno el único crucificado por la salud de los hombres, sólo a sus llagas debemos rendir homenaje, según la religión cristiana.

"Queremos examinar las razones que tengas en apoyo de tu sentir, a fin de hacerte ver que carecen de fuerza, para que las abandones..."

Aquí añade el Papa argumentos teológicos, y prosigue:

"¡Cuántas pruebas no hemos tenido de que San Francisco, después de vestir el hábito de penitencia, crucificó su carne con la práctica continua de la virtud, y que en ella se imprimieron realmente los estigmas! Muchas personas dignas de fe, que plugo a la bondad divina hacer testigos de esta maravilla grande, certifican su verdad,

autorizada por la Iglesia, que de éste y otros milagros muy auténticos tomó principal motivo para la canonización del bienaventurado confesor. ¿Qué responderás a cosas que son tan públicas, y que por consiguiente no ignoras, sino que prefieres tu propia opinión a cuanto la razón dicta? En lo cual nos ofendes, o más bien a Dios, sin que logres bien alguno por ello, y perturbas la Orden de los Frailes Menores, que Nos es cara, y a cuantos la aman. Vuelve, pues, en tí; ya que abriste la boca contra el cielo, no reincidas en tal lenguaje, haz penitencia para aplacar la cólera del severo Juez; apresúrate y esfuérzate a reparar, si es posible, el escándalo que diste a todos los fieles con tus cartas, y a hacer respetar como antes los conventos de Frailes Menores existentes en Alemania.

"A fin de que cosa tan conforme a la piedad se ejecute puntualmente por la gracia de Dios, te ordenamos y mandamos por estas letras apostólicas no emprendas en lo sucesivo nada que pueda irritar la Majestad divina y desagradar a la Santa Sede. No tengas la osadía de esparcir más falsedades contra el privilegio de los estigmas, concedido por la bondad de Dios para gloria de su siervo; al contrario, dedícate a hacerlo tan famoso en Alemania como lo es en otros países, bien persuadido de que el Santo fué honrado en vida con tales estigmas, que varias personas lo han visto (aunque se esforzaba en ocultarlos por desprecio de las alabanzas humanas y por contemplación de las celestes), y que, en fin, cuando dejó esta vida para ir al cielo, fueron expuestos a la vista de todo el mundo. Dada en Viterbo a 31 de Marzo, año 11 de Nuestro Pontificado."

Un dominico, en Opavo (Moravia,) fué más adelante que el obispo de Olmutz, y afirmó en el púlpito que San Francisco no había recibido en su cuerpo los estigmas. Gregorio IX decía con este motivo en otra bula dirigida a los priores y provinciales de la Orden de Predicadores: "Hemos sabido con tanto dolor como sorpresa, que un fraile de vuestra Orden, llamado Everardo, viniendo a predicar a Opavo, villa de Moravia, se ha hecho blasfemo predicando, y ha osado decir en público que San Francisco no llevó en su cuerpo los estigmas de Cristo, y que lo que dicen de esto sus discípulos debe ser tenido por im-



postura... Como no solamente profirió estas palabras llenas de maldad, sino que añadió otras igualmente vitandas, sin cuidarse ni de su salvación ni del escándalo causado entre los fieles, os ordenamos y mandamos expresamente, por virtud de obediencia, si en vuestra prudencia juzgáis que el hecho es cierto, que suspendáis de predicación á este religioso, y Nos lo enviéis para que sea castigado como merece." Además de estas amonestaciones particulares, dirigió una a todos los fieles en general, a quienes decía: "Inútil creemos exponer en estas letras los grandes méritos que guiaron a la patria celestial al glorioso confesor San Francisco: ningún fiel los ignora; empero juzgamos que conviene informaros a todos más particularmente del maravilloso y singular favor con que ha sido honrado por Cristo... Es que recibió por virtud divina, y en vida, estigmas en manos, pies y costado, que allí quedaron después de su muerte. El conocimiento cierto que Nos y Nuestros hermanos los cardenales hemos tenido de este hecho... ha sido el principal motivo que Nos indujo a ponerle en el catálogo de los Santos." Es de advertir que Gregorio IX, tierno amigo de Francisco de Asís, había visto distintas veces los estigmas de manos y pies, pero no el del costado; y dudando de su existencia, una noche en sueños se le presentó San Francisco pidiéndole una ampolla para recoger la sangre que manaba la herida lateral. La bula *Seraphim volabant*, del mismo Pontífice, conmina con el anatema a los detractores de los estigmas. En la misma Orden franciscana hubo un fraile joven, que no podía conformarse a creer en los estigmas, y de quien refiere la leyenda que se le apareció San Francisco, diciéndole como Cristo a Santo Tomás: "Toca mis manos y pies." Alejandro IV, que también conoció familiarmente a Francisco, y con sus ojos había visto los estigmas, hubo de emitir la célebre bula *Benigna operatio divina voluntatis*; y más tarde, la incredulidad que respecto del prodigio manifestaban algunos eclesiásticos de Castilla, León y Galicia, le obligó a expedir la que comienza *Quia longum esset*, donde excomulga y priva de grados a cuantos lo contradigan. En el mismo sentido dió Nicolás III la suya *Cum ad aures nostras*.

El testimonio más reciente que conozco en favor de la autenticidad de los estigmas es del racionalista Sabatier en su *Saint Francois d'Assise*. (Ad. a las N. de la tercera edición.)

(20) A despecho de la expulsión de las Ordenes religiosas, los Menores de la estrecha Observancia no fueron arrojados de la Albernia; y produce singular impresión al peregrino oír sobre el mismo lugar en que Francisco fué estigmatizado, el cántico *Signasti, Domine, hic servum tuum Franciscum*, a lo cual responde el coro: *Signis redemptionis nostræ*. El convento del monte Albernia es parecido al de Santa María de los Angeles; irregular como el suelo en que descansa; cuatro horas de penosa subida conducen a él; allí hay hospedería para los peregrinos, servida por los frailes. Hizo la consagración del convento y bendición de la montaña San Buenaventura; y habiendo venido a poder de los Menores llamados *Conventuales*, los descendientes del conde Orlando lo reclamaron para entregárselo a los *Observantes*, conforme al deseo de San Francisco, que al despedirse de la Albernia dijo a fray Maseo: "Sabras que es mi intención que en este lugar haya religiosos que teman a Dios y sean de los mejores de mi Orden; esfuércense, pues, los superiores, en poner aquí a los mejores; y no digo más." Mucho tiempo se disputaron el convento las dos ramas de la familia franciscana; los Observantes han vencido. En varias ensenadas del monte hay esparcidas ermitas, y en el dintel de una de ellas, sombreada por haya frondosa, se lee esta inscripción: *Anno Domini 1224. Beatus Franciscus sub hac arbore sæpe cum gratiarum actione et lætitia spiritus comedit*. Allí se hallaba la famosa piedra ungida. La iglesuela llamada de los Estigmas es el más antiguo monumento del monte Albernia; a ambos lados tiene las armas del conde de Orlando: una cruz y tres lises. Como en aquellas latitudes frías y húmedas no se conservan lienzos ni frescos, ambas iglesias encierran relieves de barro vidriado, obra alguno de ellos del famoso Lucas de la Robia. Al monte Albernia se retiró San Antonio de Padua para componer sus sermones, y San Buenaventura



para hallar la inspiración mística de su *Itinerario de la mente a Dios*.

(21) Están tomados estos trozos de una carta de fray Maseo de Marignano "a todos los hermanos e hijos del gran patriarca Francisco", que se conservaba en el archivo de San Damián de Asís.

## CAPÍTULO VIII

## AGONÍA, MUERTE, RESURRECCIÓN

Padecimientos y dolores de Francisco.—Las lágrimas ciegan.—Muda de lugares.—Acércase la muerte.—Jacoba de Sietesolios.—Bendición a última hora.—Tránsito.—Semejanza con el Crucificado.—Sepelio.—Clara y sus hijas.—Valle del Infierno y Valle del Paraíso.—Himno de Gregorio IX.—Canonización.—Traslación y misterioso depósito del cuerpo.—Leyenda.—Cántico de triunfo.

Muerto antes de morir, vivo  
después de la muerte.

.....  
(Epitafio de San Francisco  
por Gregorio IX.)

Cuando descendió Francisco del monte Alberna no había parte de su organismo que no estuviese crucificada de padecimientos. Aparte de las cinco llagas que ya le asemejaban a su prototipo, el Varón de dolores, aquejábanle violentas hemoptisis, crueles ataques al estómago, a los nervios, al hígado y especialmente sus ojos, escaldados por torrentes de abrasadoras lágrimas, apenas iban viendo la bella luz del *hermano Sol*. Y no obstante, por aquel tiempo, el contento interior de su espíritu se exhaló en himnos

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN  
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA  
"ALFONSO REYES"  
Año 1625 MONTERREY, N.L.